

31.05.2026 - La Santísima Trinidad – AÑO A

Ex 34,4-6. 8-9; 2 Cor 13,11-13; Jn 3,16-18

Hilo conductor: De la soledad (“yo solo”) a la comunión de amor de la Santísima Trinidad (“yo y Tú”).

INTRODUCCIÓN

Existe una antigua historia sobre un maestro constructor al que una vez le pidieron que construyera un gran puente sobre un valle profundo. El día en que comenzó el proyecto, los trabajadores llegaron temprano, deseosos de empezar. Algunos medían, otros levantaban herramientas y otros discutían los planos.

Pero el maestro permaneció en silencio durante mucho tiempo. Finalmente, uno de los trabajadores le preguntó:

“¿Por qué no comenzamos?”

El maestro respondió:

“Todavía no hemos recordado para quién es este puente. Si olvidamos eso, construiremos algo fuerte, pero no algo con sentido.”

Entonces inclinó la cabeza e hizo una breve oración antes de colocar la primera piedra.

Aquella sencilla pausa lo cambió todo. El trabajo ya no era solo construcción: se convirtió en misión, dirección y sentido.

Quizás también nosotros, sin pensar mucho en ello, hemos comenzado una vez más esta celebración haciendo la Señal de la Cruz. Y, sin embargo, en ese gesto tan sencillo ya está contenido todo el misterio de nuestra fe.

En el Padre alabamos al Creador del cielo y de la tierra, de las plantas, de los animales y de toda la humanidad.

En el Hijo reconocemos a nuestro Hermano, que compartió nuestra vida humana en todo, menos en el pecado.

En el Espíritu Santo acogemos al Consolador, el aliento de Dios, que nos recuerda todo lo que el Padre ha hecho por nosotros en el Hijo y nos conduce a la plenitud de la verdad.

Hoy entramos más profundamente en este misterio: un solo Dios, no distante, sino cercano; no solitario, sino comunión; no silencio, sino amor que habla, se entrega y nos atrae hacia la relación.

Pidamos perdón por las veces en que hemos vivido como si solo nos pertenciéramos a nosotros mismos, olvidando que nuestra vida comienza y termina en el nombre de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú revelas el amor del Padre y nos llamas a la comunión:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú caminas con nosotros en nuestro camino y permaneces a nuestro lado incluso cuando no te reconocemos:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú derramas tu Espíritu sobre nosotros, renovando nuestros corazones y enseñándonos a amar:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que nos llama de la soledad a la comunión de su amor, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, nos fortalezca para vivir no para nosotros mismos sino en su nombre, y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Con los corazones elevados al Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo, elevemos nuestra voz para alabar a Dios, que es amor, vida y comunión. Con los ángeles y los santos cantemos llenos de alegría:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que has revelado tu vida como comunión de amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, concédenos que, comenzando todas las cosas en tu nombre, aprendamos a vivir en ese mismo amor, alejándonos del egoísmo y creciendo en gracia, relación y unidad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un viajero contó una vez la historia de un anciano agricultor que encontró a la entrada de un pequeño y tranquilo pueblo. Cada mañana, antes de salir el sol, el agricultor se colocaba en la puerta de su campo, se quitaba el sombrero y decía sencillamente:

“En el nombre de Dios.”

Y luego comenzaba su trabajo.

Un día el viajero le preguntó:

“¿Por qué dices eso cada mañana?”

El agricultor sonrió y respondió:

“Porque el campo no es solo mío, el día no es solo mío, y ni siquiera mis fuerzas son solamente mías. Cuando

comienzo en su nombre, recuerdo de quién es la vida que estoy viviendo.”

Esa sencilla frase —“En el nombre de Dios”— es precisamente el punto de partida de hoy. Porque cada vez que nos reunimos y cada vez que oramos, comenzamos con esas mismas palabras:

“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”

Lo repetimos tan a menudo que puede convertirse en rutina. Y, sin embargo, en esas pocas palabras se encuentra el misterio más grande de nuestra fe: la Santísima Trinidad.

Un joven seminarista contó una vez una historia bastante graciosa. Durante una comida en el monasterio se sentó junto a tres monjes ancianos que tenían problemas de audición. La conversación parecía muy animada y alegre, pero después de un rato el seminarista se dio cuenta de algo extraño: ¡cada monje estaba hablando de un tema completamente distinto! Y, sin embargo, cada uno pensaba que los demás lo entendían perfectamente.

Más tarde todos se echaron a reír cuando descubrieron que en realidad ninguno estaba hablando de lo mismo.

De alguna manera, así sucede muchas veces cuando hablamos de Dios. Usamos la misma palabra: “Dios”. Pero, ¿qué queremos decir realmente? ¿Podemos comprenderlo plenamente?

Un niño preguntó una vez a su catequista:

“¿Cómo puede Dios ser tres y uno al mismo tiempo?”

El catequista intentó dar muchas explicaciones, pero al final respondió sinceramente:

“Es un misterio.”

Y esa sinceridad es importante. Porque si pudiéramos comprender completamente a Dios, entonces Dios no sería Dios.

San Agustín comprendió bien esto. Se cuenta que caminaba junto al mar intentando entender el misterio de la Trinidad. Vio entonces a un niño que llevaba agua del

mar en un pequeño cubo y la vertía en un hoyo en la arena.

Agustín le dijo:

“Eso es imposible.”

Y el niño respondió:

“Más imposible todavía es querer meter a Dios en tu mente.”

Somos como ese niño. No podemos meter el océano en un pequeño recipiente. Tampoco podemos comprender plenamente a Dios.

Y, sin embargo, aquí está la belleza de nuestra fe: no estamos en la oscuridad.

Dios se ha acercado a nosotros.

Como un anciano que recibe cartas de sus hijos cada semana —palabras sencillas, pero llenas de amor— así también Dios nos ha hablado, no con tinta, sino a través de su propio Hijo. En Jesucristo, Dios nos muestra quién es.

¿Y qué nos revela?

No una fuerza distante.

No un poder solitario.

Sino una comunión de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tal vez la mejor manera de acercarnos al misterio de la Trinidad no sea mediante definiciones complicadas, sino a través de la experiencia.

Pensemos, por ejemplo, en el viento. No podemos verlo, pero sí vemos sus efectos: los árboles que se mueven, las hojas que susurran, la brisa que toca nuestro rostro.

Así es Dios.

Tal vez no lo veamos directamente, pero sí lo experimentamos:

- Como Padre: sobre nosotros, dándonos la vida.
- Como Hijo: con nosotros, caminando nuestro camino.

- Como Espíritu Santo: dentro de nosotros, dándonos fuerza.

Un niño estaba una noche despierto y asustado por la oscuridad. Cada sombra le parecía amenazadora. Entonces su padre entró en la habitación, se sentó junto a él y le dijo:

“Aquí estoy.”

La oscuridad no desapareció, pero el miedo sí.

Eso es creer en Dios Padre.

Y en Jesús, el Hijo, Dios no está solamente sobre nosotros: está con nosotros. Como los discípulos de Emaús, quizá no siempre lo reconocemos, pero Él camina a nuestro lado en las alegrías y en las dificultades.

¿Y el Espíritu Santo? Él es Dios dentro de nosotros.

Recuerdo una pequeña parroquia llena de tensiones y desánimo. La gente discutía, se alejaba y perdía la esperanza. Entonces algunos comenzaron simplemente a rezar juntos, a escucharse mutuamente y a perdonarse.

Poco a poco algo empezó a cambiar. Nació una nueva vida y una nueva alegría.

Esa es la obra silenciosa del Espíritu Santo.

Pero también existe otra “trinidad” según la cual muchas veces vivimos. Podríamos llamarla la “trinidad apresurada”:

yo, todo, ahora.

Un hombre de negocios dijo una vez:

“Conseguí todo lo que quería: éxito, dinero y reconocimiento. Pero una noche me di cuenta de que no tenía a nadie con quien compartirlo. Pasé toda mi vida diciendo ‘yo primero’, y ahora soy el único que queda.”

Eso es justamente lo contrario de Dios.

Dios no es aislamiento: Dios es relación.

Dios no es egoísmo: Dios es amor que se entrega.

Los primeros cristianos incluso describían la Trinidad como una especie de “danza divina”: Padre, Hijo y Espíritu Santo en un movimiento eterno de amor, de entrega y de

acogida mutua. Y esta danza no está cerrada. Está abierta para nosotros. Dios nos invita a entrar en ella.

Por eso la Trinidad no es solamente algo para creer. Es algo para vivir.

Martin Buber dijo una vez:

“Toda vida verdadera es encuentro.”

Nos hacemos verdaderamente humanos no encerrándonos en nosotros mismos, sino abriéndonos a los demás.

Pensemos en una madre que pasa la noche junto a la cama de su hijo enfermo. No busca recompensa ni reconocimiento. Y, sin embargo, en ese momento está viviendo la misma vida de Dios.

O pensemos en dos personas de una parroquia que no se hablaban desde hacía años. Cuando les pidieron trabajar juntas, comenzaron con dificultad. Pero poco a poco, mediante la escucha y pequeños gestos de bondad, algo cambió. Al final, una de ellas dijo:

“Comenzamos como enemigos y terminamos como hermanos.”

Eso es la Trinidad en acción.

Gracia, amor y comunión: esto no es solamente teología.
Es una manera de vivir.

Y tocamos este misterio cada día, muchas veces sin darnos cuenta, cada vez que hacemos la señal de la cruz.

Una madre hacía la señal de la cruz en la frente de su hijo cada noche antes de dormir. El niño no entendía teología, pero sabía una cosa:

“Soy amado. Estoy seguro.”

Muchos años después, ya adulto y atravesando momentos difíciles, dijo:

“Cada vez que me siento perdido, hago la señal de la cruz y recuerdo que no estoy solo.”

Porque en ese sencillo gesto lo decimos todo:

En el nombre del Padre, que nos creó y nos sostiene.
Y del Hijo, que camina con nosotros.

Y del Espíritu Santo, que vive en nosotros.

Hay una última historia.

Una anciana se sentaba tranquilamente junto a su ventana cada tarde, miraba el cielo y decía:

“Gran Dios, te alabo.”

Un día alguien le preguntó:

“¿Entiendes todo acerca de Dios?”

Ella sonrió y respondió:

“No. Pero he experimentado suficiente de su amor como para alabarlo.”

Ese es el corazón de esta fiesta.

No necesitamos entenderlo todo.

No se nos pide resolver el misterio.

Se nos invita a vivirlo.

Así que quizás mañana por la mañana, como aquel viejo agricultor, podamos detenernos un momento y decir de verdad:

“En el nombre de Dios.”

Porque, al final, el misterio de la Santísima Trinidad no es un problema que resolver, sino una vida que vivir: una vida de amor.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Hermanos y hermanas, unidos en la fe y atraídos a la comunión de la Santísima Trinidad, profesemos ahora juntos la fe que hemos recibido: nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

PROFESIÓN DE FE ALTERNATIVA (para meditación personal)

1.

Creemos en Dios Padre.

Él es para nosotros como madre y padre.

Ha creado todo: el mundo, las plantas, los animales y todas las personas.

Nos ha confiado la tierra y la ama inmensamente.

Por eso nos envió a su Hijo.

2.

Creemos en Jesús, el Hijo de Dios.

Se hizo hombre como nosotros.

Sanó a los enfermos, dio vista a los ciegos y amó a todos.

Incluso compartió la mesa con aquellos con quienes nadie quería relacionarse.

Nos dio dos mandamientos:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”

y

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.”

Quiso que todos vivieran en paz.

Eligió amigos y deseó que todos llegaran a ser sus amigos.

Libremente sufrió con nosotros y por nosotros, y murió en la Cruz.

Fue sepultado, como también nosotros lo seremos después de nuestra muerte.

Al tercer día, Dios lo resucitó de entre los muertos y le dio una vida nueva.

Subió al Padre en el cielo.

No nos dejó solos, sino que nos prometió el Espíritu Santo.

3.

Creemos en el Espíritu Santo.

Él es el buen Espíritu; Él es Dios.

Nos fortalece, aleja de nosotros el miedo al mal y ayuda a todos a convertirse en una sola comunidad de vivos y difuntos.

Ya en el Bautismo hemos recibido el Espíritu de Dios.

El Espíritu Santo actúa en nuestra Iglesia; nos da la fuerza para perdonarnos unos a otros.

Nos conduce a creer que, después de nuestra muerte, viviremos con Dios en la vida eterna.

Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones ante el Señor, ofrezcamos no solo el pan y el vino, sino también nuestras propias vidas, para que todo lo que hagamos comience y se viva en el nombre de Dios, para su gloria y para el bien de los demás.

Oremos para que este sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, te pedimos, Señor, estas ofrendas que te presentamos, y enséñanos, por medio de este santo intercambio, a alejarnos de nuestros caminos egoístas y a entrar más profundamente en la comunión de tu vida divina. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque no has permanecido distante de nosotros,
sino que te has revelado como comunión de amor:

el Padre que da la vida,
el Hijo que camina con nosotros
y el Espíritu Santo que habita en nosotros.

En ti descubrimos que la vida no está hecha para vivirse
en soledad, sino en relación;

no en la búsqueda de uno mismo, sino en el amor que se entrega.

Y así, con el corazón elevado más allá de nosotros mismos, nos unimos a los ángeles y a los santos en su himno de alabanza: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos del Padre, unidos en el Hijo y guiados por el Espíritu Santo, oremos juntos, no como individuos aislados, sino como una sola familia en Dios, con las palabras que el mismo Jesús enseñó a sus discípulos.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, arraigados en la vida de la Santísima Trinidad —
Padre, Hijo y Espíritu Santo— no vivamos ya solo para
nosotros mismos, sino que seamos atraídos a tu eterna
comunión de amor.

Líbranos de todo egoísmo, división y temor,
para que, participando de tu vida divina, caminemos como
hijos tuyos en la unidad y el amor,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos revelaste la comunión del
Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y que oraste para que
todos sean uno como tú eres uno,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia reunida en la unidad de tu amor divino,
y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad,
para que, reflejando la vida de la Santísima Trinidad,
lleguemos a ser instrumentos de reconciliación y comunión
en el mundo. Tú que vives y reinas por los siglos de los
siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos introduce en la vida
misma de la Trinidad.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

“En el nombre de Dios.”

Una frase sencilla y, sin embargo, todo un modo de vivir.

Hemos recibido no solo pan, sino la presencia del Hijo,
que nos conduce al Padre
y nos llena del Espíritu Santo.

Quizás no comprendamos plenamente este misterio,
pero lo hemos gustado.

Y tal vez eso sea suficiente:

saber que no estamos solos,
saber que somos amados,
saber que somos invitados

a la silenciosa y eterna “danza” de la vida de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido este sacramento, te pedimos, Señor, que, fortalecidos por tu gracia, vivamos cada día en tu nombre, creciendo en amor, unidad y comunión, y siendo signos de tu presencia en el mundo.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Nuestro Dios, que creó el cielo y la tierra;
nuestro Dios, que vive y ama en todas las cosas;
nuestro Dios, que nos muestra el camino y camina con nosotros;
nuestro Dios, que nos da confianza y valentía;
nuestro Dios, que nos ha confiado la vida y la tierra porque somos sus hijos e hijas:

que este Dios bendiga
a todos nosotros y todo lo que hacemos en su nombre:

el Padre, + y el Hijo, y el Espíritu Santo.
Amén.

DESPEDIDA

Podéis ir en paz, glorificando al Señor con vuestra vida, viviendo no para vosotros mismos, sino en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Mañana por la mañana, antes de comenzar el día, detente un momento y di:

“En el nombre de Dios.”

Y recuerda:

tu vida no es solo tuya;
es un don para vivirlo en el amor.

1 de junio de 2026 – Lunes, 9ª Semana del Tiempo

Ordinario - Justino, mártir

2 Pe 1,2-7; Mc 12,1-12

INTRODUCCIÓN

Un joven arquitecto presentó una vez un diseño audaz y poco común para un edificio público en una ciudad en crecimiento. Estaba lleno de luz, amplitud y una estructura creativa, pero cuando lo presentó al comité de revisión, fue rápidamente rechazado. Algunos lo consideraron poco práctico, otros dijeron que era demasiado arriesgado y, al final, el proyecto fue descartado. Se marchó en silencio, llevando sus planos enrollados, preguntándose si su visión había sido un error.

Años más tarde, la ciudad fue golpeada por un fuerte terremoto. Muchos de los edificios considerados sólidos y fiables sufrieron graves daños, y la gente comenzó a buscar cimientos más seguros para reconstruir. En ese momento de crisis, ingenieros y planificadores revisaron algunos de los diseños que antes habían sido rechazados, buscando ideas que combinaran resistencia y solidez.

Para su sorpresa, redescubrieron el plan del joven arquitecto. Cuando finalmente se construyó, resultó ser una de las estructuras más estables de la ciudad, ofreciendo refugio cuando otras habían fallado.

De manera semejante, san Justino mártir —cuya memoria celebramos hoy— pareció al mundo una voz fácilmente descartable, y sin embargo su fiel testimonio de Cristo se convirtió en un fundamento duradero para la Iglesia. Hoy también recordamos a san Justino mártir, que confió en Cristo como la piedra angular incluso cuando su testimonio fue rechazado por el mundo.

Como aquella ciudad, también nosotros confiamos con frecuencia en lo que parece fuerte en el momento y pasamos por alto lo que realmente perdura. Podemos rechazar los caminos de Dios, resistir sus invitaciones y elegir lo que es más fácil o conveniente en lugar de lo que da vida. Por eso, al comienzo de esta Eucaristía, siguiendo el ejemplo de san Justino que permaneció firme en Cristo hasta la muerte, reconozcamos nuestra necesidad de misericordia al recordar nuestros pecados.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres la piedra rechazada por los constructores, pero elegida por Dios como piedra angular: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú transformas lo rechazado y roto en fundamento de vida nueva: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a edificar nuestra vida sobre ti con fe, perseverancia y amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos rechazado lo que tú has elegido, los momentos en que hemos resistido tus caminos

y no hemos confiado en que puedes sacar bien de lo que está roto; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu sabiduría elegiste lo que el mundo rechaza para convertirlo en fundamento de tu obra de salvación,

concédenos que, como san Justino, nos mantengamos firmes en Cristo, la piedra angular, y confiemos en que en tus manos incluso lo que está roto o es despreciado puede transformarse en morada de tu gracia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un maestro constructor fue llamado una vez para inspeccionar la construcción de un gran salón público. Mientras recorría el lugar, notó una piedra extraña, abandonada en un rincón del terreno. Era áspera, irregular y claramente rechazada como inútil. Uno de los obreros dijo: “Esa piedra no sirve para nada, no encaja en ninguna parte”. El maestro constructor no dijo nada. Solo la miró detenidamente por un largo momento y pidió que la apartaran.

Meses después, cuando el edificio estaba casi terminado, apareció un hueco crucial en el centro mismo de la

estructura. Los constructores probaron todas las piedras posibles, pero ninguna encajaba. Entonces el maestro constructor dijo con calma: “Tráiganme la piedra rechazada”. Para sorpresa de todos, encajó perfectamente. La piedra que había sido despreciada se convirtió en la clave que sostenía toda la construcción. En el Evangelio de hoy, Jesús cuenta la parábola de una viña. Un propietario confía su viña a unos viñadores y espera recibir su parte de la cosecha, pero ellos rechazan, golpean y matan a los siervos que les envía. Finalmente, matan al hijo, creyendo que así podrán quedarse con la herencia. Jesús cuenta esta parábola en Jerusalén, a las puertas de su pasión, revelando que él mismo es el Hijo amado que será expulsado y asesinado fuera de la viña. Sin embargo, la historia no termina en fracaso. Jesús cita el salmo: “La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular”. Lo que es rechazado por el juicio humano se convierte en el fundamento mismo de la obra salvadora de Dios.

San Justino mártir, cuya memoria celebramos hoy, se

sitúa dentro de este mismo misterio. En su tiempo, su fe y su enseñanza fueron consideradas extrañas y poco fiables, y sin embargo él reconoció a Cristo como la piedra angular rechazada por el mundo. No edificó su vida sobre la aceptación o la aprobación, sino sobre la verdad que había encontrado en Cristo, incluso cuando ese testimonio lo condujo a la muerte. Su martirio no es el fracaso de su mensaje, sino su confirmación: lo que el mundo rechazó, Dios lo convirtió en un fundamento duradero para la Iglesia.

Este es el gran misterio en el corazón del Evangelio: Dios no abandona lo que es rechazado; lo transforma.

San Pedro, en la primera lectura, describe esta misma construcción en nuestra vida: añadir a la fe la virtud, el conocimiento, el dominio propio, la perseverancia, la piedad, el afecto fraterno y el amor. Cada virtud es otra piedra colocada sobre Cristo, la piedra angular. Sin él, todo se derrumba.

Cuando nos sentimos rechazados—incomprendidos, ignorados o relegados— no estamos fuera del plan de

Dios. Con frecuencia estamos más cerca del misterio mismo de Cristo. Porque en las manos de Dios, el rechazo nunca es la última palabra. La cruz se convierte en resurrección. La piedra rechazada se convierte en piedra angular. Lo roto se convierte en el comienzo de algo nuevo.

Así, el Evangelio nos pregunta en silencio: ¿en qué parte de mi vida me siento como la piedra rechazada, y puedo confiar en que Dios sigue construyendo allí algo fuerte y hermoso?

Un artesano recogía trozos de cerámica rota que otros habían tirado. Los unía con un adhesivo dorado hasta que lo que parecía inútil se convertía en una obra de belleza. Cuando le preguntaban cómo lo lograba, decía: “No creé la belleza; simplemente me negué a tirar nada”.

Eso es lo que Dios hace con la historia humana. Eso es lo que Dios hace en Cristo. Y eso es lo que vemos en el testimonio de san Justino mártir: nada de lo que se entrega a Dios se pierde, y ningún rechazo está fuera de la redención.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar ante él no solo el pan y el vino, sino también las partes de nuestra vida que se sienten rechazadas o incompletas, confiando en que él puede transformarlas en algo que da vida, oremos, hermanos, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, las ofrendas que te presentamos, y así como hiciste de la piedra rechazada la piedra angular de tu plan de salvación, transforma también estos dones y la fragilidad que ponemos en tus manos en signos de tu gracia y de renovación. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Demos gracias al Señor, nuestro Dios. Es justo y necesario. En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación

darle gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu admirable providencia
has hecho de Cristo, la piedra rechazada,
la piedra angular de nuestra salvación.
Lo que fue despreciado por el juicio humano
lo has elevado como fundamento firme de vida nueva.
En él nos muestras que ningún sufrimiento carece de
sentido,
que ningún rechazo está fuera de la redención
y que ninguna vida confiada a ti se pierde.
Por el testimonio de san Justino
fortaleces a tu Iglesia
para que permanezca firme en la verdad y en la fe,
incluso en medio de la oposición.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en Dios, que edifica a partir de lo débil y
rechazado,
y que nos reúne como sus hijos en una sola familia,
oremos con las palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del miedo que nos impide confiar en ti
cuando nos sentimos rechazados, heridos o inseguros;
concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles:
“La paz les dejo, mi paz les doy”,
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe que nos mantiene firmes en ti como piedra

angular,
incluso cuando luchamos o nos sentimos rechazados,
y concédenos la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor,
dichosos los que confían en él
que fue rechazado y ha llegado a ser la piedra angular.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú eres la piedra angular de nuestra vida.
Lo que ponemos en tus manos nunca se pierde.
Toma lo que está roto en nosotros,
nuestros fracasos, nuestras dudas, nuestras heridas
ocultas,
y construye con ello algo fuerte y hermoso.
Enséñanos a confiar en que tu gracia está actuando,
incluso donde solo vemos rechazo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos dones sagrados, Señor,
te pedimos humildemente que, edificados sobre Cristo, la
piedra angular,
crezcamos en fe, perseverancia y amor,
y lleguemos a ser piedras vivas en tu Iglesia,
dando testimonio, como san Justino,
de la verdad que permanece para siempre.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga
y los fortalezca para permanecer firmes en Cristo, la
piedra angular,
para confiar en que nada de lo que se le entrega se
pierde, y para creer que incluso lo que está roto en su vida
puede ser renovado por su gracia;
y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, la Misa ha terminado,
y construyan su vida sobre Cristo, la piedra angular,
confiando en que Dios puede dar vida nueva
incluso a lo que parece rechazado.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

¿Qué hay hoy en mi vida que se siente rechazado o roto?

¿Puedo confiarlo a Dios y permitirle construir a partir de
ello algo nuevo?

2 de junio de 2026 – Martes, 9ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Pe 3,11-15.17-18; Mc 12,13-17

INTRODUCCIÓN

Un joven estudiante universitario recibió una vez dos tarjetas el mismo día. Una era su tarjeta oficial de identidad estudiantil, que le permitía acceso a clases, bibliotecas, exámenes y todos los derechos de la vida académica. La otra era una invitación de un poderoso movimiento político estudiantil que le prometía influencia, protección y oportunidades, pero con una condición: debía darle su lealtad total e incondicional. Permaneció mucho tiempo sosteniendo ambas tarjetas. Una le daba acceso a un sistema; la otra exigía su adhesión. Una definía lo que podía hacer; la otra intentaba definir en quién se convertiría.

Finalmente, se dio cuenta de algo importante: podía llevar ambas tarjetas en su cartera, pero no podía permitir que ambas reclamaran la misma profundidad de su corazón.

Una pertenecía a las estructuras de este mundo; la otra intentaba moldear su propia identidad. Solo una podía, en última instancia, definir quién era.

Esta silenciosa lucha interior refleja algo muy cercano al Evangelio de hoy. También nosotros llevamos muchas “tarjetas” en la vida: nuestras responsabilidades, lealtades, compromisos y pertenencias. Pero la pregunta más profunda es siempre la misma: ¿cuál de ellas reclama verdaderamente mi corazón? ¿Quién tiene la última palabra sobre mi vida?

Al reunirnos para esta Eucaristía, el Evangelio nos invita a examinar esas lealtades divididas dentro de nosotros, las veces en que hemos permitido que preocupaciones secundarias opaquen nuestra pertenencia a Dios. Antes de escuchar la Palabra y celebrar el misterio del amor de Cristo, reconozcamos esos momentos en que nuestro corazón ha sido arrastrado en distintas direcciones, y pidamos al Señor misericordia y claridad.

Y así, para prepararnos a celebrar estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados...

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a dar a Dios lo que es de Dios, y sin embargo permitimos que nuestro corazón esté dividido: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelas que hemos sido creados a imagen de Dios, y sin embargo a menudo nos entregamos a lealtades menores: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a vivir una vida santa y entregada, y sin embargo no crecemos en la gracia y la fidelidad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor, que nos llama a volver de nuestras lealtades divididas y restaura en nosotros la claridad de pertenecer a Él, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestros corazones en la fidelidad y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fuente de toda verdad y a quien pertenece nuestra vida, concédenos que, en medio de las responsabilidades y presiones de este mundo, permanezcamos firmes en nuestra devoción a ti, sabiendo discernir con sabiduría lo que es pasajero y lo que es eterno, y creciendo cada día en la gracia y en el conocimiento de tu Hijo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En el Evangelio, los fariseos y los herodianos se acercan a Jesús con una pregunta cuidadosamente diseñada, no para buscar la verdad, sino para tenderle una trampa. Es una de esas preguntas cargadas políticamente y peligrosas religiosamente: “¿Es lícito pagar tributo al César o no?” Si Jesús dice “sí”, corre el riesgo de perder el

apoyo del pueblo que resentía la opresión romana. Si dice “no”, corre el riesgo de ser acusado de rebelión contra Roma. Cualquier respuesta parece acorralarlo.

Pero Jesús nunca queda atrapado por cálculos humanos. En cambio, pone de manifiesto el problema más profundo: su comprensión dividida de la autoridad y de la verdad.

Tomando una moneda romana, pregunta: “¿De quién es esta imagen?” La respuesta es evidente: del César. Entonces da la respuesta que ha resonado a lo largo de la historia: “Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.”

En un nivel, Jesús reconoce la legitimidad de la responsabilidad cívica. La sociedad humana necesita orden, estructura e incluso impuestos. Pero inmediatamente sitúa esto dentro de una verdad mucho más grande: la imagen del César puede estar grabada en una moneda, pero la imagen de Dios está grabada en la persona humana. Por lo tanto, mientras las monedas

pueden devolverse al César, nuestra vida entera pertenece totalmente a Dios.

Aquí es donde la primera lectura de la Segunda Carta de Pedro profundiza el mensaje. Se nos recuerda que vivamos “una vida santa y piadosa”, creciendo “en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”. En otras palabras, vivimos en el mundo, pero no pertenecemos completamente al mundo. Estamos llamados a una fidelidad paciente, no a compromisos apresurados; a una santidad constante, no a una lealtad dividida.

Jesús no rechaza la autoridad humana, pero redefine sus límites. Ningún sistema político, ninguna ideología, ninguna institución puede reclamar lo que pertenece solo a Dios. Y lo que pertenece a Dios no es una moneda ni una parte de nuestros ingresos: es el corazón humano, la voluntad humana, la persona entera.

Por eso, la verdadera pregunta que el Evangelio nos deja no es simplemente sobre impuestos o política, sino sobre

identidad: ¿quién me reclama en último término? Si Cristo es la plena revelación de Dios, entonces pertenecer a Dios es pertenecer completamente a Cristo. Toda otra lealtad—familia, nación, trabajo o sociedad—debe vivirse a la luz de esa pertenencia primaria.

En los primeros siglos del cristianismo, un hombre fue llevado ante un gobernador romano. Se le pidió que declarara públicamente su lealtad al César y ofreciera incienso como signo de adhesión. Él se negó respetuosamente. El gobernador le advirtió: “Si no obedeces, perderás tu posición, tus bienes e incluso tu vida.” El hombre respondió con calma: “Puedes quitarme todo eso, pero no puedo dar al César lo que pertenece solo a Dios.”

Era cristiano. Y comprendía que ninguna autoridad terrena puede reclamar la adoración, la confianza y la lealtad suprema que pertenecen solo a Dios.

Al salir de esta Eucaristía, llevamos con nosotros la misma pregunta a nuestra vida: ¿qué devolvemos al mundo y qué reservamos para Dios?

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, también ofrezcamos nuestro corazón sin divisiones, dando a Dios lo que verdaderamente le pertenece—nuestra vida, nuestra confianza y nuestro amor—y así nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que te presentamos y concédenos que, al ofrecer pan y vino, también ofrezcamos la totalidad de nuestra vida, libres de lealtades divididas y firmemente arraigados en tu verdad, para que todo lo que somos refleje tu imagen en nosotros. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nos has creado a tu imagen y nos has llamado a pertenecerte enteramente. Aunque vivimos dentro de las estructuras de este mundo y compartimos sus responsabilidades, has puesto nuestro corazón en lo que es eterno y verdadero. En tu Hijo Jesucristo has revelado la plenitud de nuestra identidad, enseñándonos a dar a las autoridades terrenas lo que les corresponde, pero a reservarte a ti la adoración y el amor que solo a ti pertenecen.

Por él nos guías a vivir una vida santa y entregada, creciendo en la gracia y en el conocimiento de tu verdad, hasta que toda la creación sea renovada en tu gloria.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir: confiando en que pertenecemos a Dios como hijos suyos y buscando vivir con un corazón indiviso en su presencia:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, libres de las presiones y confusiones que dividen nuestro corazón, permanezcamos fieles a ti y firmes en la esperanza, mientras aguardamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: “La paz les dejo, mi paz les doy”, no tengas en cuenta nuestras lealtades divididas ni la inconstancia de nuestro corazón, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el que se entrega completamente a Dios y a nosotros, el Cordero que nos llama a pertenecer totalmente al Padre. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, recordamos que llevamos muchas responsabilidades en la vida, pero solo una verdad nos define: pertenecemos a Dios. Alimentados por esta Eucaristía, que nuestros corazones se vuelvan más

claros, nuestras lealtades más sencillas y nuestra vida más profundamente arraigada en Cristo, cuya imagen llevamos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, Señor, concédenos que quienes participamos en este sagrado misterio seamos fortalecidos para vivir con un corazón indiviso, fieles en nuestros deberes pero firmemente arraigados en nuestra pertenencia a ti, creciendo siempre en la gracia y en el conocimiento de Cristo.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga y les ayude a discernir con sabiduría lo que pertenece al mundo y lo que le pertenece a Él, fortaleciéndolos para vivir con corazones fieles e indivisos, el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, dando al mundo lo que es justo y a Dios lo que es suyo: todo su corazón.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Puedes llevar muchas “tarjetas” en la vida—roles, deberes y lealtades—pero solo una define quién eres realmente. Esta semana, pregúntate cada día: ¿a qué estoy entregando mi corazón en este momento? Y luego devuélvelo suavemente a Dios, cuya imagen llevas.

3 de junio de 2026 – Miércoles, 9ª Semana del Tiempo Ordinario

Santos Carlos Lwanga y compañeros

2 Tim 1,1-3. 6-12; Mc 12,18-27

INTRODUCCIÓN

Un joven marinero contó una vez cómo, durante una violenta tormenta en el mar, se encontró lleno de miedo mientras las olas golpeaban la pequeña embarcación. En medio del pánico, notó que el capitán permanecía tranquilo, ajustando silenciosamente las velas y dirigiendo con manos firmes. Cuando finalmente pasó la tormenta, el marinero le preguntó: «¿Cómo pudo mantenerse tan sereno?» El capitán respondió: «He aprendido a no discutir con la tormenta, sino a confiar en Aquel que guía los vientos».

La vida también se parece a ese mar tempestuoso, donde no todo está bajo nuestro control y donde el miedo puede fácilmente inquietar el corazón. En este día en que recordamos a los santos Carlos Lwanga y sus

compañeros —jóvenes testigos que enfrentaron la violenta tormenta de la persecución con una confianza inquebrantable en Cristo— se nos recuerda que la esperanza cristiana no es frágil, sino que está arraigada en una confianza que puede resistir incluso las pruebas más duras.

En las Escrituras de hoy encontramos a Tobit y a Sara, quienes cada uno enfrentan tormentas de profundo sufrimiento. Ambos están abrumados por el dolor, ambos llegan al punto en que la vida parece insostenible, y ambos se vuelven instintivamente a la oración en medio de su angustia.

En el Evangelio, los saduceos intentan tender una trampa a Jesús con una pregunta sobre la resurrección, revelando su incapacidad para imaginar una vida más allá de los límites de este mundo. Sin embargo, Jesús abre un horizonte de esperanza: Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. San Pablo, en la segunda lectura, recuerda a

Timoteo —y a nosotros— que reavivemos el don de la fe y que no nos avergoncemos de dar testimonio de Cristo.

Al reunirnos para esta Eucaristía, traemos nuestras propias tormentas, dudas y momentos de cansancio espiritual. Reconozcamos ante el Señor aquellas veces en que nuestra esperanza se ha debilitado y nuestra confianza ha vacilado, y pidámosle misericordia y fortaleza mientras nos preparamos ahora para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a confiar en ti incluso cuando las tormentas de la vida inquietan nuestros corazones:

Señor, ten piedad.

Señor Jesús, tú revelas que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos fortaleces para dar testimonio con valentía y para reavivar en nosotros el don de la fe:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y fortalezca nuestra confianza en Él en toda prueba, para que, sostenidos por la esperanza y renovados en la fe, demos testimonio de la vida que vence la muerte.

Y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, que nos llamas a confiar en tu presencia en medio de las tormentas de la vida

y que en tu Hijo nos has revelado que eres el Dios de los vivos,

concédenos que, reavivados por el don de la fe e inspirados por el valor de tus mártires,

permanezcamos firmes en la oración

y confiados en tu amor salvador.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Hay una antigua historia de una mujer que lo había perdido todo: su esposo, su hogar y, finalmente, su único hijo que le quedaba. Sentada una tarde frente a su casa en ruinas, susurró entre lágrimas: «Ya no me queda nada». Un vecino anciano pasó por allí y le dijo en voz baja: «Entonces tienes el mejor lugar para comenzar de nuevo: con Dios».

Ahí es donde encontramos a Tobit y a Sara en la primera lectura de hoy: despojados de consuelo, cargados de sufrimiento y tentados por la desesperación. Tobit clama que la muerte parece mejor que la vida, y Sara, humillada y destrozada, pide a Dios que le quite la vida antes que soportar más vergüenza.

Sin embargo, algo notable sucede en ambas historias: su desesperación se convierte en oración. En lugar de alejarse de Dios, se vuelven hacia Él. En su momento más oscuro, descubren que incluso cuando las palabras humanas fallan, la oración permanece. Su sufrimiento no termina de inmediato, pero se transforma en un encuentro con el Dios vivo que escucha el clamor de los afligidos.

El Evangelio nos introduce en un debate sobre la resurrección. Los saduceos, que niegan la vida después de la muerte, intentan reducir la vida eterna a un cálculo humano absurdo. Pero Jesús eleva su mirada. La vida después de la muerte no es una repetición de este mundo; es una transformación en comunión con Dios, donde la muerte ya no tiene poder. San Pablo hace eco de esto cuando proclama que Cristo «ha destruido la muerte y ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad». La fe, por tanto, no se trata solo de sobrevivir al sufrimiento, sino de confiar en que el amor es más fuerte que la muerte.

Por eso San Pablo le dice a Timoteo que no se avergüence de su fe, sino que «reavive el don de Dios» que hay en él. Ese don es el valor: el mismo valor que vemos en san Carlos Lwanga y sus compañeros, cuya memoria celebramos hoy. Como jóvenes creyentes en Uganda, eligieron la fidelidad a Cristo incluso cuando eso significaba persecución y muerte. Se negaron a permitir que el miedo tuviera la última palabra, confiando en que pertenecer a Cristo era más precioso que la vida misma.

Y así volvemos al punto de partida: el misterio de la confianza en medio de las tormentas. Existe un testimonio final asociado a san Carlos Lwanga y sus compañeros: mientras eran conducidos al martirio, rodeados de miedo y de fuego, se animaban mutuamente a no renunciar a su fe. Incluso en el sufrimiento, sus corazones permanecían anclados en Cristo. En ese fuego, proclamaron con sus propios cuerpos la verdad que Jesús anuncia hoy: Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso, mientras ponemos ante Él nuestros miedos y cargas, confiando en que transforma nuestra debilidad en fortaleza y nuestra oración en esperanza.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas, Señor,
que te presentamos en nuestra necesidad y confianza,
se conviertan para nosotros en fuente de fortaleza,
para que, como tus fieles mártires,
nos mantengamos firmes en ti en toda prueba
y proclamemos con nuestra vida
que tu amor es más fuerte que la muerte.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en medio de las tormentas de la vida
no abandonas a tu pueblo,
sino que te acercas a quienes te invocan en su angustia.
Escuchas el clamor de los afligidos
y transformas su sufrimiento en un camino de encuentro
con tu presencia viva.

En tu Hijo, Jesucristo,
has revelado que la muerte no tiene la última palabra,
sino que tú eres el Dios de los vivos,
que nos llamas a una vida transformada por tu amor.

Por el testimonio de tus mártires,
nos muestras el valor que nace de la fe,

una confianza que no cede al miedo,
sino que proclama tu victoria incluso ante la muerte.

Y por eso, con los Ángeles y Arcángeles...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir, confiando como hijos del Dios vivo,
que Él nos escucha en toda tormenta
y nos sostiene con su amor que no falla:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, te pedimos,
y fortalece nuestros corazones cuando surjan el miedo y la
duda,
para que, confiando en tu poder sobre la vida y la muerte,
vivamos en la libertad de quienes te pertenecen.

Mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles:
«La paz les dejo, mi paz les doy»,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,
y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad,
para que, en medio de las tormentas de este mundo,
permanezca firme en la esperanza
y sea signo de tu presencia viva.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor,
que nos fortalece en nuestra debilidad
y nos llena con la vida que vence la muerte.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, recordamos: incluso en
nuestras luchas más profundas, no estamos solos. El
Señor que escucha el clamor de Tobit y de Sara, que
fortalece a los mártires en su testimonio, ahora habita en
nosotros. Pidamos la gracia de confiar más profundamente
en Él, de orar con mayor fidelidad y de vivir con la serena
valentía de quienes saben que Dios es el Dios de los
vivos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los misterios que hemos recibido, Señor,
nos fortalezcan en la fe
y renueven nuestra confianza en ti,
para que, sostenidos por tu vida en nosotros,
afrontemos toda prueba con valentía
y demos testimonio de la esperanza que no defrauda.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

La bendición de Dios todopoderoso descienda sobre ustedes y fortalezca sus corazones en toda prueba, para que confíen en su presencia y proclamen con su vida que Él es el Dios de los vivos, el Padre, y el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz.

La Misa ha terminado.

Vayan a vivir con valentía y esperanza, confiando en el Señor que los guía en toda tormenta y los llama a dar testimonio de la vida que vence la muerte.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando surjan las tormentas de la vida, no discutas con ellas: vuélvete a Dios en la oración. Confía en que, incluso en la oscuridad, Él te está guiando, porque no es Dios de muertos, sino de vivos.

4 de junio de 2026 – Jueves, 9ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Tim 2,8-15; Mc 12,28-34

INTRODUCCIÓN

Un viajero se encontró una vez en un gran aeropuerto internacional durante una tormenta. Los vuelos estaban retrasados, las puertas cambiaban constantemente, los anuncios se superponían y los pasajeros corrían en todas las direcciones. En un momento dado, confesó a un desconocido a su lado: «Ya no sé en qué concentrarme». El desconocido simplemente respondió: «Cuando todo es urgente, primero debes decidir qué es esencial».

Nuestras vidas no son tan diferentes. Estamos constantemente rodeados de exigencias que compiten entre sí: trabajo, familia, responsabilidades, preocupaciones y un sinfín de distracciones que reclaman nuestra atención. Como aquel aeropuerto abarrotado, la vida puede volverse fácilmente ruidosa y confusa, y

corremos el riesgo de ir de un lado a otro sin claridad de propósito.

En el Evangelio de hoy, un escriba se acerca a Jesús con una pregunta sobre las prioridades en la vida espiritual: qué es lo primero entre todos los mandamientos. Jesús responde no con confusión, sino con una claridad que atraviesa el ruido de la complejidad religiosa y la distracción humana. Él lo devuelve todo a lo esencial: el amor a Dios y el amor al prójimo.

Al comenzar esta Eucaristía, reconocemos que con frecuencia perdemos ese enfoque y permitimos que cosas secundarias ocupen el lugar de lo más grande. Pidamos ahora al Señor misericordia y sanación en aquellos momentos en que nuestro amor ha estado dividido o debilitado, mientras nos preparamos para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a amar a Dios con todo nuestro corazón y a colocarte en el centro de nuestras vidas: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos muestras que el amor al prójimo brota del amor a Dios y debe vivirse en obras:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú permaneces fiel incluso cuando nuestro amor está dividido y nuestras prioridades están confundidas: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que nuestro corazón ha estado dividido,
cuando hemos perdido de vista lo esencial
y cuando nuestro amor por Él y por los demás se ha debilitado;

que restaure en nosotros un amor fiel e indiviso,
y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas por medio de tu Hijo
que la plenitud de la ley es el amor—
el amor a ti con todo nuestro corazón,
y el amor al prójimo como a nosotros mismos—,
concédenos que, en medio del ruido y la confusión de la
vida,
aprendamos a buscar lo esencial
y a ordenar todas las cosas según tu voluntad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hospital se vio una vez ante una emergencia
abrumadora cuando varios pacientes llegaron al mismo
tiempo después de un accidente. El médico de turno no
entró en pánico ni intentó atender a todos a la vez. En
cambio, evaluó con calma cada caso y dijo:
«Comenzamos con el que está en condición más crítica».
Su decisión no era falta de atención hacia los demás, sino
la única manera de asegurar que el amor se expresara
eficazmente y que la vida se preservara donde estaba en
mayor riesgo.

Algo semejante se encuentra en el corazón del Evangelio
de hoy. El escriba le hace a Jesús una pregunta sobre
prioridades: cuál es el primer mandamiento de todos.
Jesús responde con una claridad que pone orden en la
complejidad de más de seiscientas leyes. El primero es el
amor a Dios—con todo el corazón, el alma, la mente y las
fuerzas. Pero Jesús no se detiene allí. Inmediatamente

añade el segundo: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Los dos van juntos, inseparables y dadores de vida.

Esto no es una enseñanza abstracta. Es un modo de vivir. Amar a Dios con todo nuestro ser significa permitir que Dios se convierta en el centro que ordena todo lo demás. Significa que la oración, el culto y la confianza en Dios no son solo deberes, sino la fuente de nuestra identidad. Sin embargo, este amor no puede encerrarse en sí mismo. Naturalmente se desborda hacia los demás. Si no llega a los otros, no ha echado verdaderamente raíces en Dios.

San Pablo, en la primera lectura de hoy, nos muestra cómo se ve esto en la vida real. Incluso cuando está «encadenado como un criminal», sabe que el Evangelio no está encadenado. El amor de Dios no puede ser encarcelado. Incluso cuando la debilidad humana o el sufrimiento nos limitan, la obra de Dios continúa. «Si somos infieles, Él permanece fiel». Esa es la libertad de una vida centrada en Dios.

Y Jesús hace algo aún más sorprendente. Le dice al escriba: «No estás lejos del Reino de Dios». Esta es una de las pocas veces en el Evangelio en que Jesús reconoce explícitamente la cercanía de alguien al Reino. ¿Por qué? Porque el escriba ha comprendido que el amor es el corazón de todo. Está cerca—pero todavía es invitado a ir más allá, a dejar que esa verdad se haga carne en la vida cotidiana.

Un hombre observó una vez dos remos de una barca siendo usados en un lago tranquilo. Cuando solo se utilizaba un remo, la barca giraba en círculos, sin avanzar, a pesar del gran esfuerzo. Pero cuando ambos remos trabajaban juntos, la barca avanzaba de manera firme y directa. El amor a Dios y el amor al prójimo son como esos dos remos. Si falta uno, giramos en círculos. Si ambos están unidos, avanzamos hacia el Reino.

Hoy somos invitados a esa misma integración: no corazones divididos, no un amor selectivo, sino una vida

en la que Dios es amado en primer lugar y todo lo demás encuentra su lugar adecuado en ese amor.

Y quizás la imagen final es esta: una vela no pierde su llama al encender otra vela. Permanece encendida, y al dar luz multiplica la luz. Así sucede con el amor. Cuanto más amamos a Dios, más capaces somos de amar a los demás; y cuanto más amamos a los demás en Dios, más brilla en nosotros el amor de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que mi sacrificio y el de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso, al presentar ante Él estos dones y pedir la gracia de ponerlo en el primer lugar de nuestras vidas, para que nuestro amor mutuo sea sincero y dador de vida.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, te rogamos, Señor, las ofrendas que ponemos ante ti, y concédenos que, al buscar amarte sobre todas las cosas, estos dones nos ayuden a crecer en un amor sincero al prójimo y en un servicio fiel a tu Reino.

Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría nos has mostrado lo que es más grande y más duradero:

amarte con todo el corazón,
y amarnos unos a otros como tú nos has amado.

En tu Hijo, Jesucristo,
has reunido todos los mandamientos en uno solo,
y nos has enseñado que una vida centrada en ti
es una vida que se entrega por los demás.

Incluso cuando somos débiles, tú permaneces fiel;
incluso cuando estamos cargados, tu gracia está
actuando,
guiándonos hacia lo esencial
y conduciéndonos a la libertad de tu amor.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y las dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir, como hijos que confían en el Padre
y buscan vivir en la unidad de su amor:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y líbranos de todo aquello que distrae nuestro corazón
de amarte sobre todas las cosas;
concédenos la paz en nuestros días,
para que, guiados por tu misericordia,
vivamos con claridad y amor fiel,
sirviéndonos unos a otros como tú nos has llamado a
hacerlo,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles:
«La paz les dejo, mi paz les doy»;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,
y donde nuestro amor ha estado dividido, haznos uno;
donde hemos girado en círculos, guíanos hacia adelante
en el camino del amor a Dios y al prójimo;
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el que nos enseña lo esencial:
amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a
nosotros mismos.

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía, hemos recibido a Aquel
que es la fuente y la plenitud de todo amor.
Así como la llama de Cristo se enciende en nosotros,
llevemos esta luz a nuestra vida cotidiana—
amando a Dios con un corazón indiviso
y sirviéndonos unos a otros con amor generoso y fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, te rogamos, Señor,
que, alimentados por este don sagrado,
aprendamos a ponerte en el centro de nuestras vidas
y a caminar fielmente en el camino del amor,
para que, unidos en el amor a ti y al prójimo,
avancemos hacia tu Reino.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

La bendición de Dios todopoderoso descienda sobre ustedes y los ayude a ponerlo en el centro de sus vidas, para que su amor sea indiviso y dé fruto en un servicio generoso a los demás; en el nombre del Padre, y del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida. Que lo esencial guíe sus pasos: amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a uno mismo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando todo parezca urgente, vuelve a lo esencial: ama a Dios con todo tu corazón, y deja que ese amor guíe la manera en que tratas a cada persona que encuentres.

5 de junio de 2026 – Viernes, 9ª Semana del Tiempo Ordinario - San Bonifacio

2 Tim 3,10-17; Mc 12,35-37

INTRODUCCIÓN

Un viajero visitó una vez un pequeño pueblo costero donde un guardián de faro había servido durante más de cuarenta años. Cuando le preguntaron cómo había logrado sostener un deber tan largo y solitario, el anciano respondió: “No miro la oscuridad. Miro la luz que soy responsable de mantener encendida.” Noche tras noche, esa única luz guiaba a los barcos de regreso a casa con seguridad.

Hay algo silenciosamente poderoso en esa imagen. La vida a menudo se siente como un mar atravesado en la incertidumbre, con corrientes cambiantes de opinión, miedo y confusión. Lo que mantiene firme a una persona no es la ausencia de oscuridad, sino la presencia de una luz confiable.

En este día en que recordamos a San Bonifacio, misionero y mártir, recordamos a uno que se negó a dejar que esa luz se apagara o fuera domesticada. En un mundo todavía en gran parte no alcanzado por el Evangelio, llevó la luz de Cristo a tierras desconocidas, confiando no en seguridades humanas, sino en el poder de la Palabra de Dios para iluminar las mentes y transformar los corazones.

Como aquel guardián del faro y como San Bonifacio, también a nosotros se nos pregunta: ¿en qué luz confiamos? ¿Qué palabra guía nuestros juicios y decisiones cuando la fe es probada por la confusión o el compromiso? Antes de escuchar la Palabra de Dios proclamada, nos volvemos a Él con corazones contritos en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres la Luz que nos guía a través de la oscuridad de la confusión y del miedo: Señor, ten piedad.
Señor Jesús, tú eres la Palabra viva que revela el verdadero sentido de la Escritura y de nuestras vidas:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú fortaleces a aquellos que, como San Bonifacio, llevan tu luz a lugares inciertos y lejanos:
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna, para que, liberados de la confusión de la oscuridad, caminemos en la luz de su Palabra, y seamos formados cada día por Cristo que es nuestro guía vivo. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de tu Palabra brillas como una luz firme en la noche del mundo, concédenos que no seamos vencidos por la confusión o el miedo, sino que, como tu siervo San Bonifacio, nos mantengamos firmes en la verdad que guía y convierte los corazones.
Que Cristo, centro vivo de toda la Escritura, ilumine

nuestras mentes para que demos cada paso con confianza fiel en el camino que tú nos propones. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven aprendiz trabajaba una vez con un viejo cantero conocido por dar forma a piedras ordinarias hasta convertirlas en hermosos pilares. El aprendiz solía quejarse de que el trabajo era repetitivo y lento. Un día, el maestro le entregó una piedra en bruto y le dijo: “No te apresures. La piedra solo revelará su forma cuando aprendas a verla como yo la veo.”

San Pablo le dice a Timoteo que “toda la Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para refutar el error y para educar en la santidad.” La Escritura, nos recuerda, no es una colección de palabras lejanas, sino una herramienta viva en las manos de Dios, como la visión del maestro que da forma a la piedra. Sin embargo,

requiere una cierta manera de ver. Sin Cristo, las Escrituras pueden permanecer como piedras en bruto; en Cristo, comienzan a revelar su verdadera forma y su propósito.

Esto es precisamente lo que Jesús muestra en el Evangelio de hoy. Al interpretar el salmo, revela que el Mesías no puede reducirse a categorías humanas como “Hijo de David.” Él es más grande: es el Señor de David. Jesús no es simplemente una figura dentro de la historia de la Escritura; es su centro vivo, la luz en la cual toda la Escritura se vuelve comprensible. No es de extrañar, entonces, que la Iglesia siempre haya leído juntos el Antiguo y el Nuevo Testamento, permitiendo que Cristo mismo sea la clave que abre su significado.

San Bonifacio, cuya memoria honramos hoy, encarnó esta convicción. Llevó las Escrituras a tierras desconocidas no como un libro muerto, sino como una palabra viva capaz de transformar los corazones. Su celo misionero brotaba de la convicción de que la Palabra de Dios no está

encadenada, y de que Cristo continúa hablando a través de ella a toda época y cultura.

Un sencillo sacerdote de aldea contaba una vez la historia de un campesino que llevaba una pequeña linterna al caminar de regreso a casa a través de campos oscuros. Una noche, un vecino le preguntó por qué se molestaba con una luz tan débil cuando conocía tan bien el camino. El campesino respondió: “No la llevo para ver el camino a lo lejos. La llevo para no perder el siguiente paso.” El vecino guardó silencio, comprendiendo que incluso los caminos familiares pueden volverse peligrosos sin luz.

Así sucede con nosotros y la Palabra de Dios. No siempre recibimos una claridad completa sobre todo el camino, pero se nos da suficiente luz para el siguiente paso fiel. Y en Cristo, la Palabra hecha carne, esa luz nunca está ausente: simplemente espera que volvamos a confiar en ella.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Iluminados por la Palabra que es nuestra luz guía, podemos ofrecer nuestras vidas como un don fiel en medio de la oscuridad del mundo, y oremos, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que presentamos ante tu altar, y transfórmalos en alimento que nos fortalezca en el camino de la fe.

Así como San Bonifacio confió en tu Palabra para transformar los corazones en tierras lejanas, haz que también nosotros seamos transformados por tu verdad, aprendiendo a ver todas las cosas a la luz de Cristo, piedra angular de la Escritura y de nuestras vidas. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque no has dejado a tu pueblo en la oscuridad,
sino que has pronunciado tu Palabra como luz en cada época,
guiando a los que vagan como viajeros en el mar.
En Cristo, tu Hijo, se revela la plenitud de la Escritura,
pues Él no solo es anunciado, sino que Él mismo habla,
el centro vivo que da sentido a todo lo que está escrito.
Por la predicación de tus santos, especialmente de San Bonifacio,
sigues llevando esa luz a tierras lejanas y a corazones que buscan,
para que aquellos que viven en la incertidumbre aprendan a caminar en la esperanza.
Y así, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones,

y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con el espíritu de quienes no confían en la plenitud de la visión, sino en la luz que se da para cada paso, oremos como Cristo, la Palabra, nos ha enseñado:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por la luz de tu Palabra,
vivamos libres de miedo y de confusión,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú eres la Luz verdadera que ninguna oscuridad puede vencer, y la Palabra por quien todo se hace claro.
No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu

Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.

Él es la Luz que no elimina la noche, pero nos guía a través de ella,

y la Palabra viva que aclara el camino que aún no podemos ver plenamente.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido la Palabra viva que ilumina cada paso de nuestro camino.

Como el faro que no elimina la oscuridad sino que guía a través de ella, Cristo permanece ahora con nosotros, no para mostrarnos todo el camino de una vez, sino para darnos suficiente luz para el siguiente paso fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con tus dones sagrados, Señor,
te pedimos humildemente que, siguiendo el ejemplo de San Bonifacio,

llevemos la luz de tu Palabra a todo lugar de oscuridad y seamos transformados en testigos fieles de Cristo, verdadero guía de nuestras vidas.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Dios todopoderoso los bendiga,

Él que ha iluminado sus corazones con la Palabra viva, que los fortalece para caminar por la fe y no por la vista, y que los envía, como a San Bonifacio, a llevar la luz de Cristo a los lugares de oscuridad,

el Padre, y el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No midas el camino por lo lejos que puedes ver, sino por la luz de Cristo que se te da para el siguiente paso fiel.

6 de junio de 2026 – Sábado, 9ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Tim 4,1-8; Mc 12,38-44

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una limpiadora en una concurrida terminal de aeropuerto barría silenciosamente cerca de una fila de asientos cuando notó que un pasajero, que se había marchado apresuradamente en medio del pánico, había dejado atrás su cartera. En lugar de ignorarla o entregarla a otra persona, esperó y, finalmente, logró encontrar al dueño, que estaba angustiado y convencido de que la había perdido para siempre. Más tarde, el pasajero confesó que lo que más le impresionó no fue el valor de lo que se le devolvió, sino la integridad silenciosa de quien se la devolvió.

Momentos como estos nos recuerdan que las acciones más significativas de la vida suelen ser aquellas que nadie planea y que pocos ven. El mundo tiende a fijarse en lo grande, en lo ruidoso y en lo impresionante; sin embargo, gran parte de lo verdaderamente bueno sucede en

silencio, en la fidelidad escondida y en pequeños actos de integridad y amor.

Las lecturas de hoy dirigen nuestra atención a esa profundidad escondida. San Pablo habla con la serena confianza de quien ha “combatido el buen combate” y “ha concluido la carrera”, mientras que Jesús, en el Evangelio, contrapone la apariencia externa con la verdad interior, y el reconocimiento público con la mirada silenciosa de Dios. A la luz de la Palabra de hoy, pidamos perdón por las veces en que hemos preferido la apariencia a la verdad, el ruido a la fidelidad y el reconocimiento a un amor silencioso.

ACTO PENITENCIAL

Tú nos llamas a la integridad en los lugares ocultos de la vida. Señor, ten piedad.

Tú ves el corazón con más claridad que la apariencia exterior. Cristo, ten piedad.

Tú fortaleces a quienes perseveran en la fidelidad hasta el final. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios, Padre nuestro, tú no miras lo exterior sino la verdad del corazón, y te complaces en la fidelidad escondida de quienes te aman. Perdona nuestros pecados y condúcenos, como a san Pablo que terminó su carrera y a la viuda que dio todo lo que tenía, a vivir ante ti con confianza humilde y plena, y llévanos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que no miras la apariencia externa sino la verdad silenciosa del corazón,
y que no recompensas la grandeza de lo visible sino la fidelidad en el amor,
concédenos la gracia de caminar en una fidelidad escondida,
como la viuda que dio todo lo que tenía, y como el Apóstol que terminó la carrera que le fue confiada.

Enséñanos a vivir no para el reconocimiento humano, sino para la alegría de ser hallados fieles ante ti, para que en los momentos ordinarios de nuestra vida tu Reino crezca silenciosamente entre nosotros.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un corredor de larga distancia describió una vez el último kilómetro de una maratón como el momento más revelador de toda la carrera. Cuando la fuerza se ha agotado, la técnica falla y cada paso se convierte en una decisión de la voluntad, lo que permanece no es la apariencia, sino la determinación. Es allí, en el agotamiento, donde se revela la verdad del corredor.

San Pablo habla de un modo semejante en la primera lectura de hoy. Se encuentra cerca del final de su vida y la describe como una carrera bien corrida, un combate bien

librado, una fe conservada intacta. No hay triunfalismo, solo claridad. Ha dado lo que tenía, y ahora lo confía todo a la “corona de justicia” que el Señor otorgará no solo a él, sino a todos los que anhelan su manifestación.

Esa misma claridad es la que Jesús pone de manifiesto en el Evangelio. Ve a los escribas que aman los honores públicos, las largas vestiduras y los saludos respetuosos, pero que explotan a los más vulnerables, “devorando los bienes de las viudas”. Su religión es una apariencia; sus corazones no están en sintonía con la justicia de Dios. En marcado contraste aparece una mujer a la que casi nadie habría notado: una viuda pobre que deposita dos pequeñas monedas en el tesoro del Templo.

Jesús llama la atención sobre ella porque encarna lo que los otros solo dicen. Ella da no desde la abundancia, sino desde la carencia; no desde la comodidad, sino desde la confianza. Al dar todo lo que tiene, se convierte en una imagen viva de la entrega total de sí misma. Lo que

parece insignificante a los ojos humanos es, a los ojos de Dios, inmenso.

Este es el gran vuelco que el Evangelio sigue revelando: lo que está oculto es a menudo lo más verdadero; lo pequeño es a menudo lo más grande; lo que se da con amor nunca pasa desapercibido ante Dios. Las dos monedas de la viuda y la carrera terminada de Pablo no hablan de cantidad, sino de fidelidad. Ambas vidas dicen lo mismo de distintas maneras: Dios merece todo lo que tenemos, incluso cuando ese “todo” parece muy poco.

Un párroco contó una vez la historia de una mujer anciana que, en sus últimos años, ya no podía servir de manera visible. Rara vez salía de su habitación. Sin embargo, cada día colocaba una breve oración escrita a mano sobre su mesa de noche: una intención por su familia, una por la parroquia y una por el mundo. Después de su muerte, aquellos papeles fueron encontrados cuidadosamente apilados junto a su Rosario. Nadie había visto su “trabajo”,

pero muchos hablaron después de la fuerza silenciosa que habían sentido sin saber por qué.

El Evangelio nos deja con esa misma pregunta silenciosa: no si somos notados por los demás, sino si somos vistos por el Señor—y si, como la viuda y como Pablo, estamos dispuestos a darle no solo lo que tenemos, sino lo que somos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al ofrecer estos dones, recordemos que lo que el Señor desea no es la medida exterior, sino la sinceridad de un corazón entregado totalmente a Él. Oremos, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo,
y concede que lo que presentamos en signos externos
esté unido al don interior de una vida fiel.

Así como aceptaste la pequeña ofrenda de la viuda en el Evangelio,
acepta también los sacrificios silenciosos que ofrecemos con amor, deber y perseverancia.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú eres el Dios que ve en lo secreto
y que no corona el aplauso del mundo, sino la fidelidad del corazón.

En tu sabiduría nos enseñas que lo que es pequeño a los ojos humanos puede ser grande ante ti,
y que lo que se da con amor nunca se pierde delante de ti.

En san Pablo nos muestras la perseverancia de la fe,
una vida derramada como una carrera concluida en la confianza.

En la viuda pobre revelas la gloria de la entrega total,
dos pequeñas monedas más preciosas que la abundancia sin amor.

Y así, con los ángeles y todos los santos,
que se alegran en la fidelidad escondida hecha luminosa en tu presencia,
proclamamos tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza serena de quienes no confían en las apariencias sino en la providencia de Dios,
oremos como Cristo nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por la fuerza silenciosa de tu gracia,
vivamos libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste que la verdadera
grandeza se encuentra en el amor humilde y en la entrega
de sí, no mires nuestros pecados, sino la fe que tú mismo
suscitas en nosotros.

Concédenos la paz que el mundo no puede dar,
una paz que no se funda en el reconocimiento, sino en la
comunión contigo, para que aprendamos a vivir como
testigos de una integridad silenciosa.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

En este banquete sagrado, el Señor que ve la ofrenda
escondida del corazón viene a nuestro encuentro en
nuestra pequeñez y fe.

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del
mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir a Cristo, recibimos a Aquel que conoce tanto la
carrera que estamos corriendo como las ofrendas
silenciosas que nadie más ve.

Él fortalece lo que está cansado, purifica lo que está
dividido y nos llama de nuevo a una fidelidad que no
depende del reconocimiento, sino del amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que esta participación en los santos misterios de Cristo restaure en nosotros la fuerza de una fidelidad escondida, y nos enseñe a vivir no para la alabanza exterior, sino para la alegría de servirte con un corazón indiviso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
Él que ve la intención secreta de cada corazón,
que los fortalece en cada acto de fidelidad,
y que los conduce, como a san Pablo, a la plenitud de su carrera en la paz:
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz.

Anuncien el Evangelio del Señor.
En todo lo pequeño y escondido, sean fieles,
porque el Señor ve y recuerda con amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La grandeza a los ojos de Dios no se mide por lo que se ve, sino por lo que se da con amor cuando nadie está mirando.